

La Lucha Permanente Del Cristiano Contra Sí Mismo

Martín Lutero

Sermón para el 2º Domingo después de Epifanía.
Fecha: 17 de enero de 1546

Texto: Romanos 12:3. Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.

Introducción: La fe produce frutos: las buenas obras.

"Os digo por la gracia que me es dada." Como suele hacerlo también en sus demás escritos, Pablo nos da al comienzo de su carta a los Romanos una enseñanza respecto de las partes fundamentales de la doctrina cristiana, a saber: la ley, el pecado, la fe, y la manera cómo el hombre es justificado ante Dios y alcanza la vida perdurable. Esto ya es cosa sabida para vosotros; lo habéis oído a menudo, y lo seguís oyendo a diario, hasta en este mismo momento. Hay, en efecto, dos cosas que se deben enseñar y predicar: en primer lugar debe ponerse empeño en predicar correctamente acerca de la fe, y en segundo lugar debe predicarse con igual empeño y corrección acerca de los frutos de la fe, y acerca de las buenas obras. El predicar acerca de la fe incluye demostrar claramente qué es el pecado, qué es la ley, qué es la muerte, y cuál su efecto; además, cómo podemos volver a la vida y permanecer en ella. Consecuentemente, Pablo comienza todas sus cartas con una enseñanza acerca de la fe, plantando de esta manera un "árbol bueno"; pues así como todo hombre deseoso de tener un huerto bueno tiene que plantar primero árboles buenos para que luego aparezcan frutos de buena calidad, así Pablo provee primeramente buena tierra y buenos árboles y nos enseña cómo nosotros llegaremos a ser árboles buenos, es decir, hombres que creen y que son salvos. Este tema lo trata hasta el capítulo 12. A partir de allí comienza a impartir enseñanzas acerca de los frutos de la fe, y estas enseñanzas continúan hasta el final de la carta. Con ello, Pablo quiere preservarnos de ser cristianos falsos, que sólo llevan el nombre de cristianos, sin ser creyentes de verdad. Ésta es la prédica de las buenas obras, obras mandadas por Dios ya en los primeros tres mandamientos del Decálogo, pero en especial en los siete mandamientos restantes. Pues una vez que hemos sido redimidos por la sangre y la muerte del Hijo de Dios, es preciso que pensemos en cómo vivir cristianamente como hombres pertenecientes no ya a esta vida pasajera, sino a la vida perdurable en los cielos. Habiendo llegado a la fe, no debernos volver a hacernos semejantes a este mundo, como advierte el apóstol poco antes (Romanos 12:2): "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento... Esto lo digo por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros", es decir, entre los que son cristianos. A continuación, y hasta el final de la

carta, el apóstol pasa revista a las buenas obras que los creyentes deben hacer. Comienza por los buenos frutos que los cristianos deben producir entre sí mismos, como si en el mundo entero no hubiera otro reino sino el reino de la iglesia cristiana al cual ingresamos por medio del bautismo. Sólo después, en el capítulo 13, habla de la autoridad secular, y en el capítulo 14 agrega una advertencia dirigida a los fuertes de recibir a los débiles en la fe.

1. Con el bautismo contraemos el compromiso de luchar sin tregua contra el viejo Adán.

Sin más dilación, pues, el apóstol pasa a enseñarnos cuáles son las obras de los que profesan la fe cristiana; ahora que somos creyentes —nos dice— hemos sido enriquecidos por medio de nuestro Señor Jesucristo, y hemos sido trasladados del dominio del diablo y del mundo al reino de Dios, o sea, a la iglesia: poseemos la palabra y los sacramentos, fuimos bautizados, somos hijos y herederos de Dios, hermanos y coherederos de Cristo, y nuestro destino es la vida eterna. Es preciso por lo tanto que pongamos máxima atención en aprovechar bien nuestro glorioso llamado y los dones que hemos recibido. Pues aun después del bautismo queda en nosotros un fuerte remanente del viejo Adán. Como ya fue dicho muchas veces en el bautismo recibimos perdón total de nuestro pecado, pero todavía no estamos totalmente limpios. Pasa como en la parábola aquella del Buen Samaritano (Lucas 10:29 y sigs.), quien llevó a una posada a un hombre malherido por una banda de asaltantes: pese a los cuidados que le prodigó al pobre hombre, no le pudo curar en el acto; pero le vendó las heridas echándole aceite y vino, etc. El hombre caído en manos de los ladrones sufrió un doble perjuicio: le despojaron de todo cuanto poseía, y además le golpearon hasta dejarle medio muerto; el hombre aquel habría fallecido si no hubiese venido el buen samaritano a socorrerle. De igual manera, Adán cayó en manos de ladrones y propagó el pecado a todos nosotros; habríamos estado perdidos si no hubiera venido Cristo como nuestro Buen Samaritano que nos vendó las heridas, nos lleva a la iglesia y cura el daño que traemos en nosotros. De este modo estamos ahora en manos del mejor de los médicos: nuestro pecado está totalmente perdonado; sin embargo, aún no desapareció del todo, aun no estamos enteramente limpios. Si el hombre no fuese gobernado por el Espíritu Santo, volvería a caer en su natural maldad. Estamos salvados, es cierto; no obstante, el Espíritu Santo tiene que limpiarnos a diario nuestras heridas.

Resulta pues que la vida en esta tierra es una especie de hospital: los pecados están perdonados, pero todavía no estamos sanos. Por esto hay que insistir en la predicación, y cada cual debe tener mucho cuidado de sí mismo, no sea que su razón le engañe. ¡Fíjate en lo que hacen los espíritus fanáticos! No se puede negar que aceptaron la palabra de Dios y la fe. A pesar de ello están sumidos en el error. Pues al bautismo, ellos le agregan su propia inteligencia "superior"; ésta todavía no quedó aniquilada, y ahora se hace la entendida en cosas espirituales y quiere que ella con su sabiduría humana tenga la última palabra en materia de Sagradas Escrituras y fe. El resultado inevitable es el surgimiento de herejías. Si fuésemos enteramente limpios, bien podríamos prescindir del ministerio de la palabra. Si no tuviéramos mancha alguna, no sería menester que se nos amonestase, así como tampoco los ángeles en el cielo tienen necesidad de preceptores, sino que lo haríamos todo espontáneamente. Mas en las condiciones actuales sí que tenemos necesidad de amonestación, por cuanto todavía habitamos en este vil cuerpo mortal al cual a su tiempo lo comerán los gusanos — y cosa aún mucho peor habría merecido, a saber, el ser echado para siempre al fuego del infierno.

Además: donde la gente se entrega a fornicación, vicios groseros, borracheras, adulterio —esto se nota sin ninguna dificultad. Pero si se hace presente la novia del diablo, la razón, esa ramera encantadora, pretendiendo ser sabia y creyendo que todo lo que ella dice, son palabras del Espíritu Santo: ¿quién tiene un remedio contra este mal? Nadie; ningún jurista ni médico, ningún rey ni emperador. La razón es sin duda la meretriz más seductora con que cuenta el diablo. Otros pecados groseros se reconocen como tales; pero a la razón no la puede juzgar nadie. Se cree invencible y propala descaradamente sus propias fantasías en cuanto al bautismo y a la santa cena, de modo que los que entronizan a la razón, opinan que todas sus ocurrencias y todo lo que el diablo infunde en sus corazones, es el "Espíritu". De ahí la advertencia de Pablo: "Como que también yo soy un apóstol, y también yo tengo el Espíritu de Dios, así os exhorto". Tú me replicarás: "¿Acaso yo no soy un cristiano?" Perfecto; pero no confíes demasiado en ti mismo; porque el pecado aún no ha sido sanado y expurgado por completo. Por esto tengo que decir, por ejemplo, a un joven o a una muchacha: "No es posible que no sientas la enfermedad de tu padre y de tu madre. Pero si das rienda suelta a este deseo, caerás en fornicación y libertinaje". Ahí es donde el evangelio nos exhorta: "No lo hagas; no cedas a tu concupiscencia. Por cierto, el pecado está perdonado y expiado, pero sólo bajo la condición de que tú permanezcas en el estado de la gracia". De igual modo nos está perdonada la restante iniquidad que aún reside en nuestra carne, pero todavía no desapareció del todo, todavía queda bastante inmundicia por expulsar, como sucedió con las heridas del hombre caído en manos de ladrones. En este sentido es que tengo que hablar de la sensualidad, ese grave mal que todos los hombres sienten. Mas si un creyente hace caso omiso de la amonestación divina de resistir al diablo que le quiere hacer, caer —éste no puede contar con el perdón de sus pecados.

2. Particularmente aflictiva es la lucha contra la idolatría de la razón.

Pero así como hablo del pecado de la sensualidad, cosa que todo el mundo entiende, así tengo que hablar también de la razón, porque ésta, en el terreno de lo espiritual, me arroja a ceguera y oprobio frente a Dios como lo hace la sensualidad con mi cuerpo, de modo que la razón oculta en sus entrañas una impudicia mucho más bochornosa y una pasión mucho más baja que una prostituta. El ídolo de antaño corría tras un ídolo "debajo de todo árbol que tuviese buena sombra", a decir de los profetas, así como el alcahuete de hoy día corre tras una prostituta. La Escritura designa a la idolatría con el nombre de "fornicación", apuntando con ello precisamente a la santidad y sabiduría de la razón. ¡Qué lucha tremenda tuvieron los profetas con la idolatría, la bella ramera! Cual venado arisco, es muy difícil de atrapar. Se le puede perdonar a la razón su necedad, de la cual ella cree que es la justicia y sabiduría suprema; se la puede encubrir, se le pueden poner límites; no obstante, ella no puede dejar de creerse con autoridad para emitir juicios en asuntos que son de competencia exclusiva de Dios. Siendo así las cosas, debemos oponer enérgica resistencia a la razón, como los profetas que dijeron: "No sobre los montes ni en los valles ni debajo de árboles frondosos es donde debéis servir a Dios, sino en Jerusalén, allí donde está el lugar destinado por Dios mismo para la adoración, allí donde está su palabra". La razón por su parte objeta: "Yo sé que tengo un llamado, que recibí la circuncisión, que se me ha ordenado ir a Jerusalén; pero aquí hay una hermosa pradera, allá un majestuoso monte: si instalo aquí un lugar de adoración al Señor, sin duda podré contar con el beneplácito de Dios y de todos los ángeles del cielo. ¿O acaso Dios es un Dios tal que se siente atado exclusivamente a la ciudad de Jerusalén?" A esta sabiduría de la razón los profetas la llaman "fornicación", y lo mismo hace el apóstol Pablo.

Idéntica es la situación entre nosotros cuando predicamos el artículo de fe de que se debe adorar solamente al Dios que es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, o como lo expresamos en el Credo: "Creo en Dios Padre, y con Jesucristo, su Hijo". Los que adoran a este Señor, son los que permanecen fieles al templo en Jerusalén. Lo mismo vale para las palabras: "Éste es mi Hijo amado, a él oíd" (Mateo 17:5), o cuando se nos dice: "Hallaréis al niño acostado en un pesebre" (Lucas 2:12). Éste es el único, otro no hay. Pero ¿qué nos interesa esto a nosotros? Nosotros decimos: "¿Por qué se habría de adorar solamente a Cristo? ¿Por qué no venerar a la santa madre de Cristo? ¿Acaso no es ella la mujer que aplastó la cabeza a la serpiente? Por eso, ¡óyenos, María santísima! Pues tu propio Hijo te tributa honor, y no te negará nada de lo que le pidas". Incluso San Bernardo se excedió un poco en su homilía sobre el texto "El ángel Gabriel fue enviado..." al decir: "Dios nos mandó honrar a los padres. Por esto invocaré a María; ella rogará por mí a su Hijo, y el Hijo rogará al Padre que escucha a su Hijo". El mismo pensamiento lo expresa el conocido cuadro en que aparece Dios Padre, lleno de ira, y Cristo en actitud de juez: a éste, su madre María le muestra sus pechos, y él a su vez muestra al Padre airado sus heridas. ¡Así que María muestra a Cristo sus pechos! Ésta es una argumentación muy propia de esa linda novia, la sabiduría de la razón, que nos quiere hacer creer: "María es la madre de Cristo. Sin duda, él la escuchará. Cristo es el Juez inclemente; pero quizá puedo invocar a San Jorge o a San Cristóforo para que ellos intercedan por mí". ¡No! Nosotros fuimos bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, así como los judíos fueron circuncidados por mandato de Dios. Pero así como los judíos crearon cultos de propia elección en todas partes del país, como si Jerusalén fuera un lugar demasiado estrecho para Dios, así lo hacemos también nosotros. Por consiguiente: así como el joven tiene que refrenar su sensualidad y el viejo su avaricia, así hay que ponerle un freno también a la razón, que por naturaleza es propensa a la fornicación, o sea, a la idolatría. Mas si la mantengo en sujeción, no me podrá causar daño.

Sin embargo, la razón es demasiado atrayente, y su brillo nos deslumbra. De ahí la necesidad de que haya predicadores que orienten a los hombres hacia el credo de los infantes donde confesamos: "Creo en Jesucristo, que fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de la virgen María; en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29). Nosotros, claro, quisiéramos añadir: "y creo en San Jorge y San Cristóforo". ¡No, de ninguna manera! Solamente con respecto a Cristo se dice: "A él oiréis" (Mateo 17:5), y solamente con respecto a él: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29). Ni de María ni de los ángeles ni del arcángel Gabriel se dice tal cosa. Por esto debo quedarme con mi sencillo credo aprendido de chico. Con él puedo defenderme contra todas las artimañas de la razón.

Algo similar ocurre cuando los anabaptistas nos dicen: "El bautismo no es más que agua; ¿cómo puede el agua, que sirve de bebida incluso a puercos y vacas, hacer cosas tan grandes?, ¡El Espíritu tiene que hacerlas!". ¿Lo oyes, ramera miserable y leprosa, santa razón? Escrito está: "A él oiréis". ¿Qué dijo ÉL? "Id y haced discípulos a todas las naciones bautizándolos; el que creyere y fuere bautizado, será salvo". No es el agua solamente; antes bien, el bautismo te fue dado en el nombre de la santa Trinidad. Por eso, ¡ten cuidado con la razón, ponle un freno! ¡No permitas que dé curso a sus elevadas ideas! ¡Tírale barro a la cara, para que quede cubierta de vergüenza! Y dile: "Olvidas que aquí estás hablando del misterio de la Trinidad y de la sangre de Jesucristo".

Lo mismo dicen los sacramentarios a propósito de la santa cena: "¿De qué nos han de servir el pan y el vino? ¿Cómo puede el Dios omnipotente encerrar su cuerpo en el pan?" ¡Vaya una sabiduría! Tan sabios son que nadie es capaz de convencerlos de que son unos tontos. Si alguien pudiera meterlos en un mortero y tritularlos hasta reducirlos a polvo —ni aun así se apartaría de ellos su insensatez. La razón tiene que ser ahogada, y realmente es ahogada, en el bautismo; y toda su estúpida sabiduría no le podrá hacer daño con tal que preste oídos al Hijo

amado de Dios que nos dice: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es dado. Sí, este pan que se te da en la boca, de éste yo digo que es mi cuerpo. Esta palabra mía debes oírla y aceptarla". Basándome en esto, yo echo por tierra la razón y su sabiduría y la pisoteo, y le digo: "¡Cállate, ramera maldita! Tú quieres seducirme a cometer fornicación con el diablo". Así, mediante la palabra del Hijo, la razón es purificada y liberada.

3. La fe en la palabra de Cristo nos provee de armas para esta lucha.

Ésta es la forma en que nosotros procedemos con los sectarios, así como los profetas procedían con los sabihondos, los idólatras fornicarios que quieren hacerlo todo mejor de lo que lo hace el propio Dios. A esa gente hay que decirle: "Yo tengo un esposo celestial, a él oiré. Tu sabiduría es la más grande tontería. La haré pedazos y la hollaré con mis pies". Esta lucha proseguirá hasta el día postrero. El deseo expresado por Pablo en nuestro texto es que sofoquemos no solamente los deseos vulgares, sino también los que se consideran elevados. Si te ataca el deseo de cometer fornicación, mávalo; y mávalo con tanto mayor energía si se trata de fornicación espiritual. Nada es tan halagüeño para el hombre que el deleitarse en la propia sabiduría. Los griegos tienen para esto la palabra "filautía"¹. La codicia de los avaros es una insignificancia comparada con ese vicio de que uno halla un placer tan íntimo en su propia vanidad. ¡Y como si esto fuera poco, hasta se atreven a introducir sus lúcidas ideas en las mismísimas Sagradas Escrituras! Esto es obra del diablo en persona. Verdad es que también este pecado me ha sido perdonado, pero aún permanece en mí hasta el día de hoy, pues todavía no quedó expurgado enteramente. Donde se le permite cobrar fuerzas, de seguro que no se tardará en perder la doctrina verdadera. Y, sin embargo, aquellos grandes sabios predicaban con el mayor de los gustos, y con mucho gusto se los escucha. A Cristo ya no le toman en cuenta para nada, sino que en la cumbre del alto monte caen de rodillas ante el diablo, como leemos en el capítulo 4 de Mateo (v. 8 y sigs.).

"Por la gracia que me es dada por Dios", dice Pablo, "os exhorto a que ninguno tenga más alto concepto de sí que el que debe tener". Esto significa: "Todavía hay en vosotros cierto engreimiento, además de otros vicios groseros. Por lo tanto, ¡cuidaos de vuestros propios pensamientos y de vuestra sagacidad! El diablo encenderá la luz de la razón y os apartará de la fe, como lea pasó a los anabaptistas y a los sacramentarios. Todavía os esperan unos cuantos autores de herejías más."

Yo mismo tuve que habérmelas con más de treinta espíritus facciosos, y todos ellos querían ser mis maestros. Pero a todos los refuté con la palabra: "A él oiréis". Y mediante esta palabra, la gracia de Dios me ha mantenido firme hasta la hora actual. De lo contrario tendría que haber adoptado treinta credos distintos. Los herejes buscan sin cesar disputas y argucias, y quieren que nosotros siempre cedamos, retrocedamos y asintamos. Pero yo les digo: "No lo haremos; Dios nos ayude a ello". Entonces tenemos que aguantar su gritería: "Vosotros sois unos idiotas engreídos". No importa; prefiero sufrir pacientemente todas sus injurias antes de apartarme una sola pulgada de la boca de aquel que dijo: "A él oíd". Ya lo estoy viendo: si Dios no nos da ministros fieles de su palabra, el diablo destrozará nuestra iglesia por medio de los sectarios, y no descansará hasta haber alcanzado su objetivo. Esto es, en breves palabras, su intención. Si no logra concretarlo mediante el Papa y el emperador, lo logrará mediante aquellos que por ahora todavía concuerdan con nosotros en materia de doctrina. Roguemos pues de todo

¹ Amor propio.

corazón que Dios nos dé maestros fieles. Todavía nos sentimos seguros, y no vemos que el dios de este siglo se lanza contra nosotros con horrible furor valiéndose del Papa, del emperador " y de nuestros propios doctores en teología, que dicen: "¿Qué perjuicio podría traernos el ceder un poco en este o aquel punto?". ¡Ni un palmo podemos ceder! Si quieren adoptar la posición nuestra, háganlo; si no, déjenlo. No de manos de ellos recibí yo lo que vengo enseñando, sino de Dios mismo por su gracia divina. Tengo mis experiencias, y sé muy bien cuáles son las intenciones del diablo. Por ende, rogad a Dios con toda seriedad que os conserve el don de su santa palabra, porque se avecinan tiempos difíciles. "Ah", dicen los juristas y los sabios de este mundo, "lo que pasa es que vosotros sois muy altivos, y de esta altivez y terquedad no puede resultar sino sedición y guerra". ¡Nuestro Dios y Señor nos asista para que nos defendamos valientemente contra tan peligrosa tentación!

Nadie te impide tener de ti mismo el buen concepto de haber sido distinguido con dones que otros no poseen, y harás muy bien en dar las gracias a Dios por ello. Pero no tengas de ti un concepto más alto que el que debes tener, sino límitate a pensar de ti lo que concuerde con la fe, "lo que sea conforme a la medida de la fe" (cap. 12:6). Si se te ocurre algún buen pensamiento, no lo desdeñaré, sino que lo apreciaré en su justo valor. Pero no le des demasiada importancia, dice Pablo; no te dejes seducir por tus ingeniosas ocurrencias.

¿Y cómo puedo saber hasta qué punto tiene validez mi propio pensamiento? "Que sea conforme a la medida de la fe", responde Pablo. Lo que te cuadra es refrenar tu pensar vanidoso. Así como hay que frenar los malos deseos de la carne, así hay que frenar también la razón. La vanidad es el pecado que heredamos de Adán. Por tanto: deléitate en esta joven o en aquella otra, pero en la medida correcta. ¿Y qué significa esto? Significa lo siguiente: Ama a esa muchacha (y tú, muchacha, ama a ese joven), pero de manera tal que no la (o que no le) desees sino para el matrimonio. Pues el Sexto Mandamiento prohíbe sólo el amor ilícito. La sensualidad es, por cierto, algo inherente en nuestra naturaleza. Pero si la refrenas de modo que asumes frente a la muchacha amada esta actitud: "Quiero amarla, no para cometer fornicación con ella, sino para unirme con ella en matrimonio", entonces el deseo tiene su medida, a saber, no es contrario al mandamiento de Dios. El Sexto Mandamiento sea la medida que te indica hasta dónde debe ir el deseo.

Del mismo modo debes proceder también con el deseo satánico y fornicario de tu propio pensar envanecido. Si te causa placer el pensamiento de que bajo el papado las cosas marchaban a las mil maravillas, si te alegra y te agrada este tu pensamiento, entonces ponle un freno; establécete una medida que tu pensamiento no debe sobrepasar. No le cedas el paso, sino permanece bajo la fe, que es el señor supremo sobre todos los dones que poseemos, no sólo sobre la imaginación. Todo debe estar sujeto a la fe, lo que quiere decir, en este caso particular, que el hermoso pensamiento no debe creerse más sabio que la fe. Examínalo para ver si concuerda con la fe; si no concuerda, corrígelo. Si oyes a un sectario o a un sacramentario decir: "En la santa cena no hay más que pan y vino", o si te pregunta: "¿Crees que por virtud de tus palabras, Dios descenderá del cielo y entrará en tu boca y estómago?", entonces respóndele: "Muy bien dicho; así me gusta; ¡qué novia más inteligente que tiene el diablo! Pero ¿qué me dices en cuanto a la palabra: "Éste es mi Hijo amado, a él oíd"? Y él, el Hijo, afirma: "Esto es mi cuerpo". ¡Vete con tu presunción, con tu razón, retírate con ellos al excusado! ¡Cállate, maldita meretriz, que quieres ser maestra de la fe! Esta fe me dice que en la cena del Señor están presentes su verdadero cuerpo y su verdadera sangre, y que el bautismo no es simple agua, sino el agua del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. A esta fe, la razón tiene que sujetarse".

Y la misma respuesta debes dar a los que nos tienen por altivos y exigen que modifiquemos nuestra posición. ¿Qué normas habríamos de aplicar para evaluarnos a nosotros

mismos? ¿Algún criterio material acaso? No; la única medida válida es la fe; porque escrito está que tu pensar debe agradarte "conforme a la medida de la fe". Y esta fe no la convertirás en esclava, ni derribarás a Cristo mismo de su trono celestial.

De esta manera, pues, el apóstol Pablo nos ha dado una seria advertencia de resistir a la sensualidad, la concupiscencia, los pensamientos vanidosos. Debemos "acollarar con la palabra de la fe" (sic) no sólo los deseos bajos y mezquinos, sino ante todo los de alto vuelo, y decir: "Eres muy sabia, oh razón. ¿Quieres conducirme al monte alto para que yo adore allí al diablo y atente contra el mandamiento de Dios? ¡Jamás! Jerusalén es el lugar donde adoraré. Que el pueblo adore en otra parte, no me importa. Lo que me importa es que Dios prohibió que le adoremos 'debajo de todo árbol de buena sombra'; por esto no lo haré. Sé muy bien que Dios podría ayudarnos también por medio de la madre de su Hijo. Pero el hecho es que no quiere ayudarnos sino por medio de su Hijo; por lo tanto debo depositar toda mi confianza y esperanza exclusivamente en el Hijo de Dios". Dios tendría plena libertad de decirnos: "Si rezas un Padrenuestro a tal o cual santo, serás salvo". Pero Dios no quiere que lo hagas; más aún: lo prohíbe terminantemente.

Éste es el grave mal a que se refiere Pablo en este texto: Debemos cuidarnos no solamente de la concupiscencia baja, grosera, sino también de los pensamientos altos, ambiciosos, que rompen la unidad de la fe y conducen a la fornicación, es decir, a la idolatría.